

ma y humanamente su “propia muerte” y la “hora incierta” de la “muerte cierta» (p. 14).

Augusto Sarmiento

Editorial GRAFITE, *El rostro de Cristo, en sus fiestas y en la memoria de los santos* (4 Volúmenes), Bilbao 1999, Vol. I (Enero-Abril), 294 pp., 15 x 21, ISBN 84-95042-31-2; Vol. II (Cuaresma-Pascua. Solemnidades-Fiestas movibles. Tiempo Ordinario), Bilbao 2000, 233 pp., 15 x 21, ISBN 84-95042-32-0; Vol. III (Mayo-Agosto), Bilbao 2000, 398 pp., 15 x 21, ISBN 84-95042-33-9; Vol. IV (Septiembre-Diciembre), Bilbao 2000, 398 pp., 15 x 21, ISBN 84-95042-34-7; obra completa: ISBN 84-95042-30-4.

Una iniciativa editorial, sin firma de su autor o autores, afrontó en los últimos años de preparación al Jubileo y durante el mismo evento el reto de presentar a los lectores de habla hispana una colección de textos que ayuden a contemplar el rostro de Cristo desde la vida y experiencias de los santos.

La obra sigue el orden cronológico del Año litúrgico teniendo como criterio básico el mismo del *Catecismo de la Iglesia Católica*: «cuando la Iglesia, en el ciclo anual, hace memoria de los mártires y los demás santos proclama el misterio pascual cumplido en ellos que padecieron con Cristo y han sido glorificados con Él» (CEC 1173, cit. en p. 9 del I Volumen).

El centro de la contemplación son los misterios de Cristo, y los autores siguen el Calendario Romano en sus solemnidades, fiestas y memorias obligatorias.

El esquema propuesto para cada día o celebración se repite de este modo: una breve biografía del santo o descripción de la historia de la fiesta o Solemnidad. En los tiempos fuertes, y especialmente en las solemnidades el prefacio de la Misa. A continuación se recogen dos o tres lecturas distintas a las recogidas en la Liturgia de las Horas, y finalmente la oración colecta propia. Además de este orden, los autores han introducido algún otro elemento que puede facilitar el clima oracional de la fiesta o tiempo litúrgico. Por ejemplo en el Viernes de Cuaresma recogen el texto del Via Crucis redactado por Olivier Clement y presidido por Juan Pablo II en el Colosseo de Roma el Viernes Santo de 1998 (cfr. Vol. II, pp. 30-57).

Las lecturas hagiográficas proceden fundamentalmente de los Padres, aunque abundan textos magisteriales del CEE, Pablo VI, Juan Pablo II, otros Papas, santos antiguos y modernos: S. Ignacio de Loyola, S. Alfonso María de Liguorio, Santa Teresa de Lisieux, Edith Stein, el Beato Josemaría Escrivá, y la Madre Teresa de Calcuta. Algunas leyendas de santos, evangelios apócrifos, la carta de los cristianos de Nagasaki al Papa del 7 de abril de 1621, dan a la obra colorido, amenidad y contextualiza con vigor lo biográfico. Se ha procurado también que en las memorias y fiestas de los santos los textos sean de su autoría y de temas centrales para la espiritualidad cristiana.

La índole de esta obra, concebida como estructura abierta y no con la habitual de otras que esquematizan pormenorizadamente los argumentos de cada día como «meditaciones» más vertebradas, permite una amplia libertad a los lectores para inspirar su oración.

También se recogen materiales suficientes para quienes deseen predicar elaborando por sí mismos los esquemas de meditaciones y homilias.

La inserción de los prefacios en las fiestas, solemnidades y tiempos fuertes, así como la oración colecta permiten que quienes pretendan hacer oración puedan «introducirse» en el sentido litúrgico que se conmemora. Las oraciones colectas que condensan la intención eclesial de lo que se está celebrando y los prefacios que explican el significado del misterio eucarístico pertinente e introducen en su clímax, resultan elementos adecuados para dar tono litúrgico al cometido orante de los lectores.

En definitiva, «El rostro de Cristo» cumple sobradamente el propósito de sus autores declarado en el prólogo: «ofrecemos nuestro trabajo como humilde aportación a la celebración del Gran Jubileo del año 2.000. Haciéndonos eco de las palabras del santo Padre: “La Iglesia, en todas las partes de la tierra, debe permanecer firme en su testimonio y defender celosamente (la memoria de los santos). Que el Pueblo de Dios, fortalecido en su fe por el ejemplo de estos auténticos paladines de todas las edades, lenguas y naciones, cruce con confianza el umbral del tercer milenio”» (IM, 13, cit. por los autores en p. 12 del Vol. I).

Esta obra concebida alrededor del evento jubilar, trasciende las coordenadas circunstanciales y pienso que llegará a constituir un clásico del género tanto por su calidad y acierto en la selección de los textos útiles y profundos para el predicador y cualquier creyente que desee basar su oración en la liturgia y la hagiografía, y como por su accesibilidad al gran público que puede hacer una lectura provechosa desde distintos

niveles de formación y cultura. Finalmente, merece destacarse que la presentación tipográfica es clara, sencilla, y pulcra.

Rafael Hernández Urigüen

Anselm GRÜN, Meinrad DUFNER, *Una espiritualidad desde abajo. El diálogo con Dios desde el fondo de la persona*, ed. Narcea, Madrid 2000, 135 pp., 13,5 x 21, ISBN 84-277-1337-1.

Este breve ensayo parte de una clasificación de las corrientes de espiritualidad en dos modelos: espiritualidad desde arriba y una espiritualidad desde abajo. La primera parte de la cumbre de un ideal que el sujeto debe alcanzar, concebida a partir de la Sagrada Escritura y el magisterio de la Iglesia principalmente, que se concretaría en una ascética de la superación que estaría presente en las concepciones morales y espirituales de los últimos tres siglos. Corre el riesgo —señalan los autores— de dividir internamente al sujeto cuando su realidad interior no se acopla al ideal buscado.

En cambio, la espiritualidad desde abajo afirma que «Dios habla en la Biblia y por la Iglesia pero también nos habla por nosotros mismos a través de nuestros pensamientos y sentimientos, por nuestro cuerpo, por nuestros sueños, hasta por nuestras mismas heridas y presuntas flaquezas» (p. 7). Es una espiritualidad que, inspirada en la práctica de los antiguos monjes, busca el encuentro con Dios descendiendo a la experiencia de la propia impotencia y fracaso «considerados como lugar de oración auténtica y como oportunidad de crear un nuevo etilo de relaciones personales con Dios» (p. 12).